

## DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

Un maestro le pregunta a Jesús: «¿Qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?». Esa pregunta, frecuente en el Evangelio, equivale a preguntar por lo más importante en la vida de una persona: lo que le da sentido, aquello que, si falta, podemos decir que la existencia no ha sido completa, que no se ha aprovechado bien. Toda la ley se resume en un doble precepto: amar a Dios y al prójimo.

San Agustín dice que amar a Dios es lo primero en la intención, pero el prójimo es anterior en la ejecución. Es decir, para amar a Dios, a quien no vemos, hay que empezar por tratar bien a los hombres y mujeres que tenemos a nuestro alrededor. Como Dios queda lejos, el maestro de la ley, para excusarse, pregunta por el prójimo. Prueba de que también nosotros podemos intentar justificar un «supuesto» amor a Dios sin tener presentes a los que nos circundan. Contra ello previene la carta del apóstol Santiago, que es bueno releer para meditar este texto.

Jesús entonces explica la parábola del buen samaritano. Es muy conocida. Lamentablemente, los textos que sabemos muy bien al final resultan incomprensibles.

La realidad supera a la ficción. Cada uno de nosotros está herido por el pecado, por la concupiscencia que nos ata a la carne y por la lógica del mundo que nos impide elevar nuestra mirada al cielo. Nada humano puede salvarnos. Ni el sacerdote ni el levita. Toda religión y toda ideología miran a otro lado ante el drama que hay en el corazón del hombre, porque no pueden curarlo. Las corrientes pasan, pero el hombre sigue tumbado en el suelo, desangrándose y esperando un salvador. Es necesario que venga alguien extraño (el samaritano), que es Cristo. Dios, por la encarnación, se hace prójimo del hombre. Él puede curar las heridas con el aceite y el vino, signos de la caridad y de la gracia, para después depositar al enfermo en la posada, que es la Iglesia, y encargarse que cuiden de él. Cristo paga el rescate con el misterio de la cruz. Lo dice san Pablo: «Y por él quiso reconciliar consigo todos los seres: los del cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz».

Así se entiende lo que Jesús le dice al maestro de la ley: «Anda, haz tú lo mismo». Es decir, actúa como Cristo, porque Jesús te ha reconciliado consigo y puedes participar de su misericordia. Jesús le está diciendo: «Tú eres el hombre malherido y yo tu salvador. Haz con los demás lo que yo he hecho contigo».